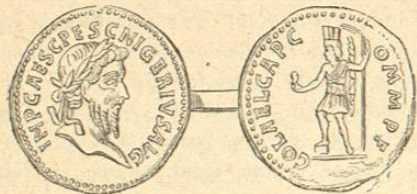


mio de la declamación trágica. Pero los jueces no se atrevieron á adjudicárselo temiendo desagradar al príncipe. Se apeló á su justicia y Severo la hizo, mandando que se le diera el premio que había merecido. El hecho es pequeño; mas para los antiguos no lo era la sentencia.

Durante el sitio de Bizancio, había arreglado Severo los negocios de la Siria y castigado á las gentes de la Osroena, bien que se jactaran de haber pasado á cuchillo á los fugitivos de Iso, refugiados en su seno. El imperio mantenía algunas guarniciones más allá del Eufrates; y para fortale-



Moneda de Jerusalén, en nombre de Pescenio Niger (1)

cer en aquellos países la autoridad imperial, quebrantada por la guerra civil, y castigar á los aliados de Niger, condujo sus legiones á la alta Mesopotamia, donde desde la grande expedición de Casio, en 165, no se habían visto las águilas romanas. Envió delante á sus generales, que fácilmente sojuzgaron á ambas orillas del Tigris á los árabes y á los adiabenes. Le convenía sofocar el rumor de las batallas civiles con el ruido de las victorias ganadas sobre el extranjero.

Pero era demasiado prudente para empeñarse seriamente en una guerra en tan lejanos países, sin arreglar previamente los negocios de las provincias occidentales. Detúvose en Nísibe, plaza de seguridad dada por los partos á los judíos, muy numerosos en aquellas regiones, y que éstos habían fortificado cuidadosamente. Situada en las últimas estribaciones del monte Masio, á la mitad del camino entre el Eufrates y el Tigris, iba á ser Nísibe el centro de la defensa de aquella región, y á la vez el baluarte de la Siria y la Armenia meridional contra partos y persas.

Esta guerra no había tomado las mayores proporciones, y por más que diga Dion que la ocupación de Nísibe costaba más que valía, es indudable que era prudente la política de Severo. Acabar así una guerra civil en vísperas de



Septimio Severo en una moneda de Esmirna

otra que se podía fácilmente prever, era obrar como un príncipe preocupado ante todo de los intereses del Estado.

Todavía, en la primavera de 196, estaba Severo en Mesopotamia, cuando le llegó el anuncio de la rendición de

(1) IMP. CAES. C. PESCEPIO NIGER IVS AVG., rodeando la cabeza laureada de Pescenio Niger. Reverso: COL. AEL. CAP. COMM. (liana) P(ia) F(elix). El Genio de Elia Capitolina Comodiana (Jerusalén) con una cabeza humana en la mano derecha. Moneda de bronce (De Sauley, p. V, fig. 7). Medallas de Tarso y de Egea, en Cilicia, prueban que estas ciudades tomaron también el nombre de Cómodo.

Bizancio. Esta noticia decidió su vuelta á Europa, adonde por otra parte lo llamaban las inquietudes que Albino comenzaba á causar. Habíalo adoptado por hijo (2), le había reconocido el título de César (3), es decir de presunto heredero del imperio, y designado para tomar con él mismo posesión del consulado el año siguiente. Se acuñaban en su honor medallas con este título; se le erigían estatuas y se ofrecían los sacrificios en nombre de los dos emperadores. Antes de partir para Oriente hubo de escribirle Severo: «El Estado necesita un hombre como tú, de ilustre origen y en la fuerza de la edad. Yo soy viejo, achacoso, y mis hijos son todavía niños.»

Pero de tres años atrás, Albino había quedado fuera de todos los negocios serios. Severo se había reservado para sí solo la plenitud del poder, aun en las cosas más pequeñas. Posible es que sea apócrifa una inscripción que enumera las obras ordenadas por él desde el fondo del Asia, en una oscura ciudad del Lacio; pero conservamos el texto de un rescripto que envió desde las orillas del Eufrates al senado de Roma respecto á la tutela de los bienes de los pupilos. Otro conquistador se complacía también en fechar sus decretos en Varsovia ó en Moscou, á 600 leguas de su capital y de su gobierno.

Reducido á inútiles honores, veía Albino crecer á los hijos de Severo, y no necesitaba mucha previsión para co-



Moneda de oro, conmemorativa de las victorias sobre los partos, los árabes y los adiabenes (4)



Bronce acuñado en memoria de las mismas victorias (4)

nocer que aquellos niños, ya hombres, serían temibles competidores. Sus tres legiones de Bretaña estaban siempre á su devoción; las de las Galias y España (5), únicas que no se habían mezclado en hacer emperadores, debían de estar ganosas de asociarse á la fortuna de un nuevo príncipe. En Roma, los antiguos amigos de Pescenio, todos los inquietados por Severo, habían convertido sus ojos y sus esperanzas al pretendiente. Y se ponderaba la nobleza de su clarísimo origen, se oponía la afabilidad del César á la dureza del Augusto, se creía que con él recobraría el senado la plenitud de sus derechos y de su autoridad, y algu-

(2) Es á lo menos lo que deduzco, con Tillemont, del nombre de Septimio que tomó Albino, y de la costumbre de los emperadores cuando daban el título de César. De aquí las medallas fabricadas en honor de Albino en *Hippo Libera*, en Esmirna y Side (Cohen, t. III, ad fin. Alb.). Eckel juzga (VII 165) que si hubiera obtenido este nombre lo hubiera renunciado al romper con Severo; esta razón no parece suficiente.

(3) Según Capitolino (Alb. 2 y 6) intranquilo Cómodo por las amenazas de Severo había ofrecido ya este título á Albino, que lo rehusó previendo la caída del emperador y diciendo que éste sólo buscaba hombres que perecieran con él. El silencio de Dion y de los demás escritores no permite aceptar la autenticidad de esta carta, por otra parte, tan extraña.

(4) Cautivos al pie de un trofeo con esta leyenda: PART. ARAB. PART. ADIAB. COS. II PP. La moneda de bronce lleva, según el uso, el sello del senado: S. C. (Cohen n.º 537).

(5) Borghesi (*Obras completas*, IV, 265) cuenta en el reinado de Severo treinta y tres legiones, de las cuales había cuatro en las dos Germanias y una en España. Ignoramos cómo estaban distribuidas estas cinco legiones, pero sabemos que los partidarios de Albino eran

nos senadores de los más influyentes le instaban para que se aprovechara de los embarazos de Severo allá en Oriente para poner la mano en Roma y en Italia.

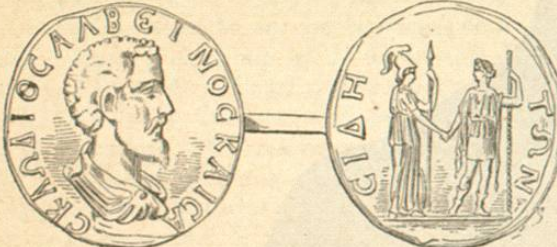
Las cartas encontradas más tarde entre los papeles de Albino revelaron estas secretas intrigas, y algunas medallas hacen creer que cierto número de Padres Conscriptos fueron á unirse con Albino y que éste hubo de formar un contra senado, como en otro tiempo hicieron Pompeyo en Grecia, Escipión en Africa y como Postumio hará más tarde en Galia.

Severo no podía ignorar esta disposición de la nobleza romana y desde mucho antes debía abrigar desconfianzas, bien que Albino le hubiera enviado aun en 195 grandes remesas de dinero para ayudarle á socorrer á las ciudades de Asia aruinadas por Niger. Cuando volvía á Italia por el valle del Danubio, cerca de Viminacium, le llegaron noticias de Bretaña y de Roma que lo decidieron á precipitar el inevitable rompimiento (1): sin duda el anuncio de que Albino había tomado el título de Augusto y se preparaba á pasar á la Galia.

Acababa Severo de salir victorioso de dos guerras y de



Moneda de plata que da á Albino el título de Augusto (Cohen, n.º 42)



Moneda de Albino acuñada en Side (2)

atravesar dos veces las más ricas provincias del imperio: había dado pues gloria á sus soldados y podía darles oro. Así, le costó poco hacerles declarar á Albino enemigo público y proclamar á su hijo mayor César y príncipe de la

numerosos en la Galia y al Sur de los Pirineos, porque después de la batalla de Lyon, hubo todavía turbaciones en estas provincias, y según Esparciano (Sever. 12), *Hispanorum et Gallorum proceres multi occisi sunt*. Severo debió desde el principio atraerse las legiones de la alta Germania, próximas á las suyas, y su ejército entrará en Galia por esta provincia. Pero no puede menos de admitirse que Albino trabajará desde luego el ejército de la Germania Inferior tan cercana de la Bretaña y que probablemente habría mandado. El pasaje de Capitolino (Alb. 1) probaría que las legiones de la Galia, las del bajo Rin, á lo menos, habían hecho causa común con el ejército de Bretaña. Dos hechos son indudables: Severo, á la cabeza de su guardia pretoriana y de los contingentes que había podido sacar de las veintisiete legiones estacionadas en los países sujetos á su obediencia, estuvo á riesgo de perecer en la lucha; y para que Albino, victorioso en varios encuentros, hubiera podido en el último momento poner á su rival en tal peligro, preciso era que contara, no sólo con las tumultuarias levas de la Galia y de España, sino con fuerzas considerables organizadas. Dion habla de 150.000 hombres en línea por cada parte. Los números dados por los antiguos autores, no deben aceptarse nunca sin reserva; pero á lo menos pueden aceptarse de Dion estos datos: que las fuerzas de los dos rivales eran iguales y numerosas.

(1) Esparciano atribuye la ruptura á Albino, Dion á Severo; pero era inevitable. Precedió al 30 de junio de 196, porque tenemos un rescripto de esta fecha firmado por Severo y Caracalla (Cod. IV, 19, 1). Los compiladores de Justiniano lieeron en él á Caracalla el título de Augusto; pero cometieron á menudo el mismo error, respecto á este

(2) C. ΚΑΩΔΙΟΣ ΑΑΒΕΙΝΟΣ ΚΑΙΣΑΡ, al rededor de la cabeza descubierta de Albino. Reverso: ΚΙΔΗΤΩΝ. Palas y una mujer con sendas lanzas y dándose las manos. Bronce.

juventud con el nombre de Aurelio Antonino. El mismo había tomado ya el título de hijo de Marco Aurelio. «Por fin ha encontrado un padre,» decían los murmuradores á quienes deprimía el entono de la esposa de un advenedizo. Pero no era una simple usurpación de nombre: había precedido una verdadera adopción, hecha según las formas legales, porque á Severo le era de cuenta que tuviera todos sus efectos civiles. Faltaba naturalmente en la ceremonia su principal actor, el padre adoptivo, muerto quince años antes; pero de una manera ó de otra orilló la dificultad la omnipotencia imperial, como Galba lo había hecho para Pisón, á quien *adrogó* sin asamblea curiada, en virtud de sus facultades de pontífice máximo, como Nerva lo hizo para Trajano ausente, aunque fueran necesarios la presencia y el consentimiento del adoptado. Severo era también pontífice máximo y lo que había sido legal para un ausente lo fué también para un muerto. Desde entonces en las inscripciones de Severo se puso por encima de todos sus títulos su descendencia de los Antoninos en cuyo sepulcro reposarían al fin sus cenizas.

Esta extraña conducta tenía un doble motivo. Severo se proponía hacer reflejar en su casa el esplendor de la más ilustre de las dinastías imperiales, aquellos gloriosos Antoninos que los poetas ponían entonces por encima de los dioses; pero quería al mismo tiempo poner la mano en los innumerables dominios que cinco generaciones de empera-



Clodio Albino (Busto en mármol pentélico). Museo del Louvre

dores, herederos todos unos de otros, habían legado á Cómodo.

A la muerte de este príncipe, había pasado á manos de sus tres hermanas, aun vivas, una fortuna inmensa. Severo,

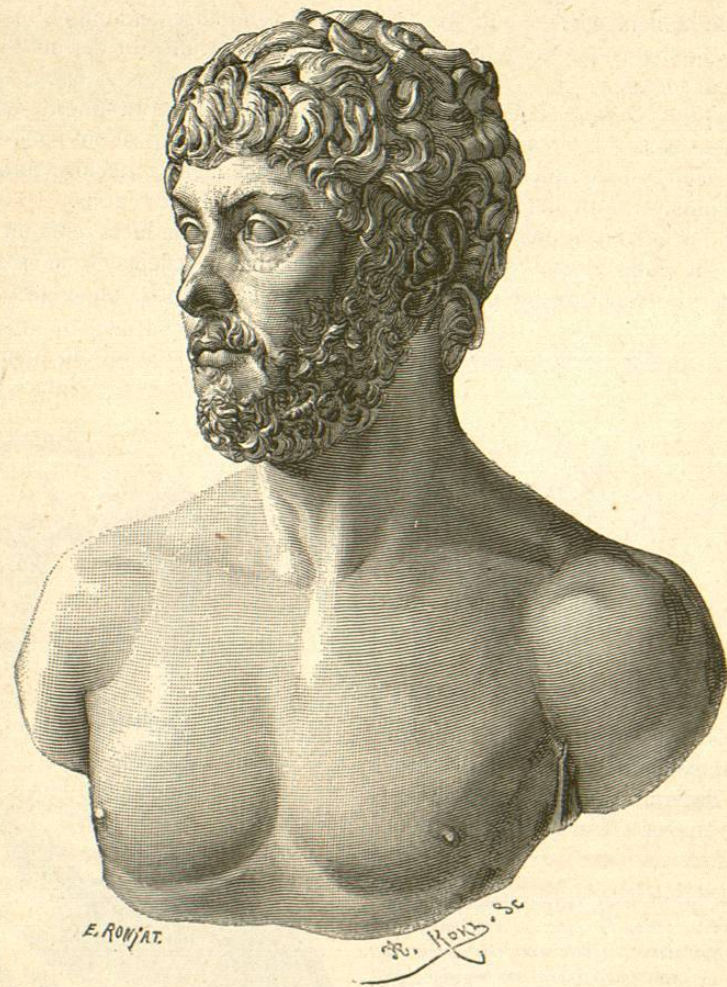
príncipe. Hay, pues, que aceptar con prudencia las fechas suministradas por las *Pandectas*. Eckhel (VII, 387) dice á propósito de estas leyes firmadas por los emperadores: ... *harum testimonia quam sint infirma, satis compertum*.

á quien espantaban tantas riquezas en manos de los particulares, se atribuía parte de ellas desde luego, como heredero político, y lo demás á corto plazo como heredero civil, á título de hijo adoptivo de Marco Aurelio. Y veis aquí cómo de la noche á la mañana el más pobre de los emperadores venía á ser el más rico (1).

Este acto tuvo graves consecuencias. Mientras Severo no llevó más que el nombre de Pertinax, que era caro al senado, esta asamblea, sin deponer del todo la desconfianza que le había inspirado su rudo sucesor, dejaba que se desarrollaran los acontecimientos, sin procurar modificar su curso ni aun con sus votos; pero llamarse hermano del

príncipe que los Padres Conscriptos tenían en execración y rehabilitar su maldita memoria, era justificar sus actos y tomar también como herencia su odio á los magnates. Desde entonces el miedo y la cólera agitaron sordamente la curia y se conspiró en favor de Albino, á lo menos de pensamiento y deseo.

¿Fue precedido el rompimiento, como se ha dicho, de una tentativa de asesinato? Todo el mundo creía entonces que una puñalada era un buen medio de simplificar una cuestión difícil, y sobre este punto, Severo creía lo que todo el mundo. Pero los que estaban expuestos á tales sorpresas tenían la buena costumbre de guardarse muy bien,



Clodio Albino (Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, núm. 49).

y el procedimiento atribuido al emperador era tan fácil de descubrir que es lícito dudar que lo hubiera empleado. Esparciano y Dion Casio no hablan de aquellos emisarios enviados con cartas falsas y ponzoñas verdaderas, que según las confesiones arrancadas por la tortura, debían atraer á Albino á una conferencia secreta para darle de puñaladas, ó sobornar á su cocinero para que lo envenenara. El César bretón estaba muy interesado en hacer correr estos rumores para que no sean sospechosos.

Severo lo previno todo con su prontitud habitual para la próxima campaña. Algunas tropas fueron á guardar los des-

(1) Hasta su consulado no había tenido en Roma, sino una casita y unas cuantas yugadas de tierra, *quum aedes brevissimas habuisset et unum fundum* (Esparciano, *Sever.* 4). El sucesor heredaba los bienes del príncipe muerto, y aun legados, que habiéndosele hecho no habían sido pagados aún (Dig. XXXVI, 56). Así habían heredado los Flavios el Quersoneso de los Césares (C. I. L. III, 726). Para administrar esta gran fortuna instituyó Severo una *procuratio rerum privatarum*, cuyo uso se conservó (Ibid. 12).

filaderos de los Alpes, mientras el grueso de sus fuerzas continuaba remontando el valle del Danubio, rodeaba las montañas al Norte y entraba en la Galia por la provincia de la alta Germania. Él á su vez precipitó su marcha á Roma donde hizo que el senado sancionara la declaración de su ejército contra Albino y la elevación de su hijo á la jerarquía de César. Después de esto volvió á ponerse á la cabeza de sus soldados que avanzaron divididos en dos cuerpos. Una diputación enviada algún tiempo después por el senado, encontró á Caracalla en la Panonia Superior, donde su padre lo había dejado, y á Severo en la alta Germania (196).

Dion refiere un hecho curioso. Un gramaticuelo de Roma, poseído de pronto de ardor marcial, cerró su escuela y se trasladó á la Galia. Se dió por un miembro del senado encargado por el emperador de levantar un ejército, reunió tropas y batió muchos cuerpos de caballería albina. Creyéndolo Severo realmente senador, le escribió para felicitarlo enviándole mil norabuenas. Numeriano, que así se

llamaba el gramático guerrero, recorrió todo el país, puso á rescate las ciudades enemigas y recogió 17.750.000 dracmas, que envió al príncipe.

Acabada la guerra, fué á visitarlo y le confesó su ardid. Pudo obtenerlo todo del príncipe, prendado de su audacia, habilidad y abnegación; pero rehusó hasta ingresar en el senado y sólo aceptó una modesta pensión, con la que fué á vivir al campo. He aquí un maestro de escuela, hombre de acción y de gran filosofía á la vez; pero su historia revela el inmenso desorden causado por aquellas guerras civiles.

A dar crédito á Dion, trescientos mil hombres, ciento cincuenta mil por cada parte, iban á abocarse á formidable encuentro en Galia. Roma seguía con melancólica mirada estos acontecimientos lejanos. «Mientras el mundo temblaba al amago de este choque, dice el historiador, nosotros los senadores permanecíamos tristemente inactivos. El pueblo aun en medio de las acostumbradas fiestas manifestaba su dolor: en los juegos del circo, ví una inmensa multitud; pero su atención estaba muy lejos de las carreras: ni un grito de animación á los aurigas. De pronto, después de un gran silencio, se oyó este solo clamor:—¡La paz para la salud del pueblo!—El senado y Roma, sin fuerzas contra los ambiciosos, no pedían más que el sosiego público, fuera quien fuera el amo. Era bajo otra forma el dicho de Asinio Polión antes de Accio: Seré botín del vencedor.»

Un empeño de armas, en que las tropas de Albino llevaron la mejor parte contra las de un teniente de Severo, precedió á la acción principal, que se dió á orillas del Saona, entre Lyon y Trevoux. Los séverianos procedentes del N. E. miraban al S.; los albinos miraban al N. cubriendo á Lyon, su plaza de armas. Desde su advenimiento había dirigido Severo desde lejos todas las operaciones militares; pero esta vez condujo él en persona sus tropas al ataque, como quiera que toda su fortuna estaba empeñada en este conflicto supremo, y la traición que oía susurrar á su espalda, lo obligaba á vencer ó morir.

Y en efecto corrió el riesgo de la vida; pero una carga de su caballería de reserva, conducida por Leto, vino á darle la victoria. Los vencedores penetraron en Lyon al alcance de los fugitivos, y Albino á punto de caer en sus manos intentó quitarse la vida y se dió una puñalada. Conducido vivo aun á presencia de su rival, el vencedor mandó cortar la cabeza; con lo cual quedaba, en fin, dueño absoluto del universo romano (19 feb. 197).

Decía bien Herodiano: «Que un solo hombre haya logrado destruir á tres competidores ya en posesión del poder; que los haya vencido sucesivamente, al uno en su palacio de Roma, al otro en el fondo del Oriente y al tercero en el fondo de Occidente, es fortuna y gloria, de que no es fácil encontrar en la historia segundo ejemplo.»

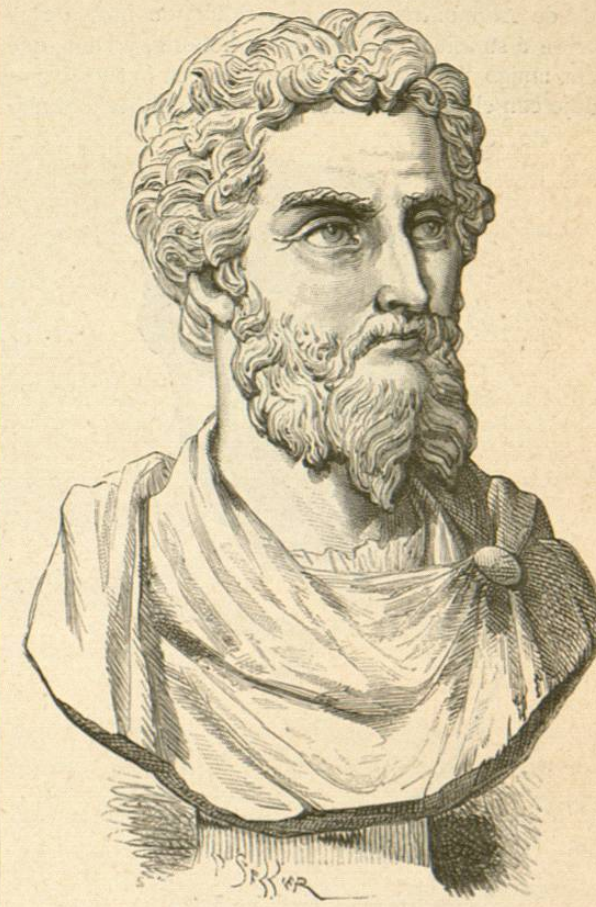
Pero el momento en que Severo ganaba esta gloria es también el en que echó sobre su nombre una mancha de sangre.

Al anuncio de las primeras ventajas obtenidas por Albino, creyendo el senado perdido ya al emperador, se apresuró á acuñar una medalla de plata en honor del nuevo príncipe y á conceder honores á sus hermanos y deudos. De parte de hombres tan sagaces y circunspectos, es una grande imprudencia que no se explica, sino por la llegada de algún despacho ó boletín en que Albino exagerara los hechos cantando victoria antes de tiempo.

Severo les escribió sin demora:

«Nada puede serme más amargo, Padres conscriptos, que ver vuestras preferencias por Albino. Después de haber provisto largamente al aprovisionamiento de Roma, he

sostenido muchas guerras por la salud de la república, y os he librado de segura tiranía con la muerte de Níger. ¡Ah! bien habéis reconocido mis servicios! ¡Habéis ido á buscar un aventurero de Adrumeto, que pretende provenir de los Ceyonios, y vivo yo, habéis hecho de él un emperador! ¿Os faltaba, oh nobles senadores, á quien amar? Pero esperabais de este hombre preturas, consulados, mandos. ¡Un trapacero hábil en sostener todas las imposturas! Ese es el que habéis preferido á Severo. No os faltaba más que haber decretado el triunfo á tan ilustre capitán como á mi vencedor. En verdad, estoy avergonzado. Sin duda tomas-



Septimio Severo (Busto del museo del Louvre)

teis por letrado al que jamás ocupó su ingenio sino en cuentos absurdos y envejeció entre las *Milesianas* de Apuleyo, digno amigo suyo, y todas las necesidades literarias (1).

Antes de haberlo vencido, Severo quería ridiculizar á Albino, quitándole los ilustres ascendientes que se había dado y los talentos que se le suponían, dos vanidades de que él mismo estaba poseído.

Después de la batalla de Lyon llegó un mensaje más terrible: la cabeza de Albino clavada en la punta de una lanza enfrente de la curia, y estas palabras que terminaban una carta fulgurante de enojos y amenazas: «Así trato yo á los que me ofenden.»

Muy pronto apareció el mismo príncipe en el senado (junio 197). «Alabó la severidad de Sila, de Mario y de Augusto, que los había salvado, y vituperó la dulzura de Pompeyo y de César, que los había perdido.» Después hizo la apología de Cómodo reprochando á los senadores

(1) Capitol. (*Alb.* 12.) ¿Es auténtica esta carta? Dion (LXXV, 7) habla de cartas amenazadoras sin citar nada de ellas; mas lo que trae de los discursos de Severo en el senado permite aceptar el despacho citado por Capitolino.

que hubieran infamado su memoria los que en su mayoría vivían de una manera más infame. «Si os parece extraño, nos dijo, que haya matado fieras por su mano, ayer y anteayer ¿no jugaba públicamente con una cortesana que hacía de pantera un antiguo consular que se sienta entre vosotros? ¡Por Júpiter! decís también que luchó como gladiador. Y alguno de vosotros ¿no hace también este oficio? ¿Por qué, sino, han encontrado compradores sus escudos y cascos de oro?»

Después de este discurso, que intimidó profundamente al senado, hubo de incoarse causa criminal contra sesenta y cuatro senadores, acusados de haber sostenido la rebelión de Albino: treinta y cinco resultaron inocentes y volvieron á su asiento con todos sus honores, y Dion, que no era amigo de Severo, atestigua que en lo sucesivo se condujo con ellos como si nunca le hubieran hecho dudar



Albino (Vaticano, sala de los Bustos)

de su fidelidad; veintinueve, condenados á muerte, fueron ejecutados (1). Entre ellos se encontraba aquel Sulpiciano que á la muerte de Pertinax sostuvo con Juliano la pública almoneda de la púrpura imperial, manchada con la sangre de su yerno. Algunos partidarios de Niger hasta entonces perdonados, sus mujeres, hijos y deudos, perecieron en esta ocasión: Severo arreglaba de una vez todas sus cuentas.

Estas severidades encuentran, no disculpa, explicación á lo menos, en los peligros que el emperador había corrido: enfrente un temible adversario sostenido por las fuerzas de las provincias occidentales; á la espalda, en Italia, traicioneros; en Oriente, una invasión de los partos y una sedición militar, la de la legión III.^a Cirenaica, que desde sus acantonamientos de la Arabia podía encender aun la Siria y renovar la alianza de Niger con el eterno enemigo del imperio. Esta legión había reconocido á Albino, y á falta de

(1) Dion, LXXV, 8. Esparciano (*Sev.* 13) cuenta 41 personajes ejecutados. Severo dejó vivir al principio á la mujer y los dos (2) hijos de Albino; pero después los hizo matar (*Capit. Alb.* 9). Según el uso y la ley, á todos los condenados se les confiscaron los bienes. Sin embargo, se encuentra un Celonio Albino, prefecto de Roma, en tiempo de Valeriano: no toda la familia del vencido de Lyon fué envuelta en su ruina.

este general, habría proclamado sin duda á uno de los hijos de Niger: á esto se debió la condenación del resto de este partido. Son ciertamente dignas de lástima las víctimas de las discordias civiles, sobre todo de aquellas á que arrastra una fatalidad de nacimiento. Pero si tuviéramos menos compasión de los promovedores de guerras civiles que castiga el vencedor, y más de los que perecen en estas turbaciones cumpliendo sus deberes de soldados, pondríamos al lado de los veintinueve senadores ejecutados en Roma por haberse divertido en el terrible juego de las revoluciones, los treinta ó cuarenta mil cadáveres de legionarios romanos que cubrían las llanuras lyonesas.

Las Galias y España tuvieron también sus proscritos. Todos los que habían favorecido la causa de Albino pagaron con la cabeza ó con su hacienda la falta de no haber previsto quién sería el vencedor. Uno de los proscritos suplicaba al emperador que lo perdonara, y le decía: «¡Oh César! si la suerte de las armas te hubiera sido contraria, ¿qué harías en la situación en que yo me encuentro?—Me resignaría á sufrir lo que tú vas á sufrir ahora.» Y mandó que lo mataran.

«Quien quiera destruir las facciones, decía Severo, ha de ser cruel un día para ser clemente el resto de su vida.»

Hubo resistencias aisladas, sobre todo en la península ibérica, adonde Severo envió á su mejor general, Tib. Claudio Cándido, el vencedor de Nicea, «á combatir por mar y tierra á los rebeldes de la España Citerior.» Otra inscripción habla de un tribuno que sirvió en la campaña emprendida para «destruir la facción gálica.»

Lyon había sufrido mucho en esta lucha, sostenida á sus puertas; pero borró sus huellas y se dió buena prisa á mostrarse fiel al vencedor. Dos meses y medio después de la batalla, se ofreció allí un taurobolio por la salud del emperador, del César su hijo, primer emperador designado, de la emperatriz Julia Domna, la madre de los campamentos, y de toda la casa divina. Por espacio de cuatro días desplegó la religión sus pompas más imponentes para esta solemnidad, que sellaba la reconciliación de la dinastía africana con las poblaciones galas.

En Roma, mientras veintinueve familias senatoriales lloraban á sus muertos, el populacho y la soldadesca estaban de regocijo: los unos habían recibido grandes gratificaciones, los otros un congiario, fiestas y combates de gladiadores, para indemnizarlos de no haber gozado el espectáculo de tantos millares de romanos muertos en las batallas de la guerra civil.

Severo podía descansar: el mundo dos veces recorrido y pacificado; el Eufrates y el Tigris franqueados; el Rin y el Danubio desarrollando su apacible curso á la sombra de las águilas romanas; todo invitaba al príncipe á dirigir su infatigable actividad hacia las obras pacíficas. Pero durante la guerra de las Galias, el rey de los partos, Vologeso IV, había invadido la Mesopotamia y sitiado á Nísibe, defendida valerosamente por un general de nombre Leto, y la sedición de la legión de Arabia probaba que en Oriente estaba mal extinguido el fuego de la guerra civil. Severo tomó otra vez los arneses y acabó con gran diligencia sus preparativos.

Antes de empeñar tan lejos las principales fuerzas del imperio, recomendó á sus tenientes la mayor vigilancia en las fronteras del Norte, autorizándolos á hacer prudentes concesiones para prevenir las hostilidades. Sabemos, por ejemplo, que uno de sus buenos generales, Lupo, detuvo con presentes distribuidos á los jefes una invasión de montañeses de la Caledonia. Tomadas estas precauciones, se embarcó Severo en la flota de Brindis, que lo llevó á

las costas de Siria, y pasó bastante pronto el Eufrates, á fin de ganar en algún encuentro su décima salutación imperial antes de que acabara el año 197. Un tratado con el rey de Armenia, que dió dinero y rehenes, le permitió avanzar, sin tener que volver la cara atrás.

Para los romanos de aquel tiempo, el enemigo principal era el parto. Sucesor de Ciro y de Alejandro, el heredero de los Aqueménidas era el único que podía en el universo conocido hacer sombra á la majestad imperial. Los desiertos que protegían á este pueblo, la muerte de Craso, los vanos esfuerzos de Antonio y hasta las efímeras ventajas de Trajano, todo hacia del parto un vecino incómodo y odioso. Vencerlo era la gran ambición de los jefes militares de

Roma; pero ya hemos dicho muchas veces por qué era imposible esta victoria definitiva. Severo resolvió infligir á lo menos una vergüenza al grande imperio oriental y cerrarle los aproches de la Siria, dificultando el paso del Tigris á los ejércitos párticos. Vologeso no esperó al emperador, pero sus generales dieron muchos combates, habiendo sido al parecer uno de ellos una victoria decisiva. El camino de Tesifonte quedaba abierto y Severo lo tomó resueltamente.

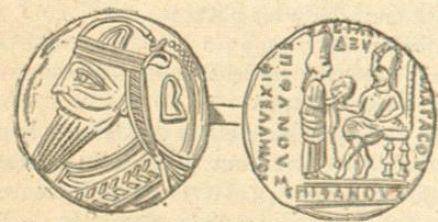
Con las maderas que le suministró un bosque próximo al Eufrates, hubo de construir una flota para trasportar su embarazoso bagaje, mientras los soldados seguían la ribera. De este modo entró en Babilonia y en Seleucia, que no



La Casa divina (Septimio Severo y su familia) (1)

tenían ya más que la celebridad de su nombre: era la tercera vez en aquel siglo que entraban los romanos en Tesifonte.

La vuelta por el valle del Tigris fué muy difícil á causa de la penuria de víveres y pastos. Como Trajano, sitió Severo la fuerte ciudad de Atra (*El Hadhr*) cuyo rey se había aliado con Niger, y malogró su empeño, como su glorioso antecesor, á pesar de las máquinas del ingeniero Prisco.



Moneda de Vologeso IV (2)

En medio de aquel desierto sin agua, no se podía recurrir á un bloqueo, el gran medio de los antiguos para rendir una plaza. Después de veinte días de vivos ataques, levanta-

(1) Gabinete de Francia, camafeo n.º 249, sardónica de 3 capas de 61 milímetros de altura por 101 de latitud: es uno de los más preciosos de nuestra colección. La ejecución, sin ser tan perfecta como la de los monumentos de los primeros Césares, es, sin embargo, muy notable. La corona de laurel que lleva Caracalla al lado de la cabeza descubierta de Geta, fija la fecha de este camafeo entre los años 198 y 209 de nuestra era. Severo lleva el *paludamentum* y la corona radiada; Julia Domna, diadema y velo.

(2) Busto diademado del rey Vologeso IV. Reverso: ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΟΛΛΑΓΑΤΟΝ ΔΙΚΑΙΟΝ ΕΠΙΦΑΝΟΥΣ ΦΙΛΕΛΛΗΝΟΥΣ ΔΕΔ ΑΠΕΛΛΑΙΟΥ (del año 464 del mes Apeleo). Tetradracma.

el sitio y volvió por la alta Mesopotamia á las provincias sirias, á fines de 198 ó á principios del año siguiente.

Durante este sitio en que el ejército tuvo que sufrir muchos trabajos y privaciones, cedió á un movimiento de indisciplina y fué preciso hacer un ejemplar castigo. Un tribuno del pretorio había citado y sin duda comentado en conciliábulos las palabras que Virgilio pone en boca del cobarde Drances, el partidario de la paz á todo trance: «No se nos tiene en cuenta para nada, y perecemos por la ambición de un hombre.» Severo lo condenó á muerte, castigo excesivo pero acaso merecido. Los hombres de espada que desesperan cuando tienen el deber de esperar, aun contra toda esperanza, pierden las causas que están encargados de defender, llevando el desaliento al ánimo de los demás. Así pues, delante de Atra, temiendo el emperador que no lo obedeciera el ejército, hubo de renunciar al último ataque, que al parecer debía tener feliz éxito.

¿Pereció Leto en este momento? En la batalla de Lyon, Leto, que mandaba la caballería, no había cargado hasta que le dijeron que el emperador parecía mortalmente herido y esta carga hubo de decidir la victoria. Muerto Severo y vencido Albino, habría ocupado Leto el lugar de ellos; pero el emperador vivía, y lo que acaso había sido una traición, vino á ser la hábil maniobra de un gran capitán. Severo lo creyó ó dejó que lo dijeran. Dion pretende que



Severo con una Victoria en la mano, en el acto de ser coronado por Roma. Reverso de un bronce.